

Notas, con eco, de lectores

"...no en vejez de letra..."

A PROPOSITO DE MELVILLE

La biografía crítica de Melville por Newton Arvin —uno de los tres libros premiados este año en los Estados Unidos con el Premio del Libro Nacional— no creo que pueda interesar, aquí en Centro América sino a un reducido número de lectores. Aunque haya mucha gente entre nosotros que sepa leer inglés —bastante más por cierto que la que suele hacerlo— temo que sean pocos los que conozcan a Melville y menos todavía los empeñados en conocerlo a fondo. Sólo para estos últimos, en realidad, el libro de Newton Arvin resulta indispensable; pero lo que no puede dispensarse a nadie, digo, entre gente medianamente culta, es la lectura de *Moby Dick*, la obra maestra de Melville. El comentario, pues, no me parece inútil. Si el libro de Newton Arvin es de interés especial y por lo mismo restringido, su asunto es ciertamente de interés general, puesto que el libro de Melville es una de las bases de la cultura general de América.

Se suele hablar de la necesidad de una cultura continental americana, de una especie de cauce común que logre reunir en una sola corriente universal las dos vertientes culturales de América, la hispano y la anglo-americana, con toda la riqueza tradicional, la potencia creadora original y los innumerables afluentes exóticos que ambas contienen. Yo mismo soy de los devotos de este sueño. No se comprende, en realidad, cómo se puede ser de veras americano, cómo podríamos formarnos una cultura inconfundiblemente americana —al mismo tiempo universal y nuestra—, si no asimilamos los unos el espíritu de los otros; si no consideramos comunes, por ejemplo, las obras maestras de nuestras respectivas literaturas, como lo hicieron en el pasado, sobre las diferencias de lenguas y de temperamentos nacionales, los pueblos europeos para crear la cultura occidental de que nosotros procedemos.

Es necesario que las Américas —como hoy se dice (y como siempre se ha dicho entre el pueblo de España)— vayan seleccionando sus propios clásicos comunes. Herman Melville figuraría, sin duda, con los primeros de la lista, pero tan nuestros debieran ser —y me refiero especialmente a Hispano América— Emerson, Whitman y Poe, Hawthorne, Thoreau y Melville, Emily Dickinson y Mark Twain— por mencionar sólo a los grandes del siglo diecinueve— como Rubén Darío, Silva y Sarmiento.

No hay obra clásica, en el sentido más amplio del vocablo, si no es universal, por reducido que sea su territorio. El viaje del francés Xavier de Maistre en torno de su cuarto si no llega a clásico universal, es por otras causas que la limitación de sus cuatro paredes. Thoreau no se alejaba sino apenas de la pe-

queña Concord; las dos obras maestras de Hawthorne se redujeron al insipiente Boston de los puritanos y a la solitaria Casa de los Siete Caballetes en el pequeño Salem; Emily Dickinson nunca pasó de su minúsculo jardín en su casa de Amherst; pero los tres son igualmente universales por algún rasgo característico de su genio. Los tres revelan algo, añaden algo válido para todos los hombres del mundo. Thoreau enseñó una nueva manera de relación del hombre y la naturaleza, prácticamente ajena a la sentimental y seudofilosófica actitud de Rousseau, de la que se supone derivada; mostró un inédito sentido religioso de la soberanía de la persona humana, cuya influencia alcanzara hasta al líder más puro de nuestro tiempo: Mahatma Ghandi. Hawthorne desentrañó fibras secretas del corazón humano, señaló los misteriosos desarrollos del germen del pecado con tal clarividencia psicológica que su influencia ha podido rastrearse en la novela moderna a través de Henry James hasta Marcel Proust. Emily Dickinson es la cumbre mundial de la poesía femenina. Pero Melville es universal por los cuatro costados.

Norte América no ha producido nada más cósmico y trascendente que *Moby Dick*. Hasta el aliento cósmico de Walt Whitman parece vago —casi diría simulado— ante el concreto aliento oceánico de esa primera gran novela del mar. Uno se preguntaba sorprendido, antes de leerla, por qué razón no hallaban eco en la literatura americana las maravillosas expediciones marítimas que culminaron en los descubrimientos y las exploraciones de nuestro continente; todo el prodigio de aquellos viajes de circunnavegación de la tierra y de dominio de los mares, las aventuras de los piratas, las gentes de las embarcaciones pescadoras y comerciantes de la Nueva Inglaterra, hazañas no igualadas ni en los tiempos heroicos de la humanidad; como si toda la experiencia marinera de miles de emigrantes ultramarinos hubiera sido expulsada de la memoria por un complejo colectivo. *Moby Dick* era la respuesta, pues parecía reproducir todas aquellas experiencias oceánicas; mucho más todavía, comunicarles la eternidad del arte, darles la trascendencia y la magia del mito. Dentro de la estructura y forma de la novela, *Moby Dick* es realmente el más grande, quiero decir, el único gran poema épico del siglo diecinueve. No exagero si afirmo que es uno de los mayores poemas épicos de la literatura universal, un gran poema del mar, cuyos dos únicos antecedentes son la *Odissea* homérica y los *Lusiadas* de Camoens.

Hasta aquí sólo me he referido a su grandeza externa. Pero no hay que olvidar, —como lo olvidaron los contemporáneos de Melville—, que *Moby Dick* no es sólo el poema de la industria ballenera, de la persecución de la Ballena Blanca en los siete mares, sino además, o mejor dicho, sobre todo, un alto poema metafísico que admite comparación —salvando diferencias del género literario, del tratamiento y de la forma misma del problema— con el *Fausto* de Goethe o con *La Tempestad* de Shakespeare. Al través de su simbolismo minucioso y profuso, pasmosamente arquitectónico y sostenido, el problema de *Moby Dick* es el eterno problema metafísico del mal. Melville no se propone lo imposible; no intenta, por su puesto, resolverlo; sólo quiere sondear profundamente en lo insondable. Y es tal la audacia de su intento, tan hondos los abismos que revela, que su lectura a veces, produce vértigo.

Se ha discutido mucho y seguirá sin duda discutiéndose, qué significa *Moby Dick*, qué simboliza la Ballena Blanca. Newton Arvin lo ha resumido, a mi modo de ver, con singular acierto. "*Moby Dick* —dice en el libro que me dio pie para este artículo— es un dios animal tal como solamente la imaginación de aquel siglo en el mundo occidental podía haberlo concebido y proyectado; un dios inmanente

en cierto modo, y no un dios trascendente; una divinidad emergente, no lo Absoluto; una divinidad que encarna la inmensidad física del cosmos en el espacio y en el tiempo como la astronomía y la geología la han revelado; una divinidad que representa no un propósito trascendente ni un designio consciente sino el *mana*; la energía, la fuerza —esa semiconsciente, semi-inconsciente potencia de la fuerza ciega—, sin reposo, quizás sin propósito, pero siempre aplastante, inconquistable.” Como se ve, una concepción irracional y pesimista —frente al fácil racionalismo y la ingenua filosofía del progreso ilimitado— algo salvaje y elemental, no cabe duda, pero en último término religiosa y poética.

La verdad es que en los Estados Unidos no existe únicamente, como suele pensarse, la corriente optimista —visible en los aspectos superficiales de su pueblo—, el optimismo de Emerson y sus amigos trascendentalistas, o la moderna confianza secularista y laicizante que ignora o niega la realidad del mal y que termina por reducirlo todo a una cuestión de instrucción cívica y de progreso material. Existe allá también, como en Hispano América, una robusta contracorriente tradicional de maduro realismo religioso, que nos revela en Hawthorne la radical vigencia del pecado original y que en Melville culmina con el sentido trágico de la vida y del mundo.

Terminaré este largo artículo con un breve consejo. Si alguien quisiera iniciarse en la cultura norteamericana —más simplemente, en la cultura americana—, yo le daría a leer tres libros: Primero, “Huckleberry Finn”. Luego la “Letra Escarlata”. Y finalmente “Moby Dick”.

José CORONEL URTECHO.

Mayo, 1951.

* * *

(Terminamos las sugerencias de los lectores en este ángulo que nos deja la palabra).

Así constantemente nos han ido llegando insinuaciones sugerentes sobre lo interno y externo de la Revista. Una Revista en que cada artículo llamada señal sea célula viva que obedezca a su ley propia de ser orgánico; una Revista que tenga el peso de orden de lo muy pensado y con toda la vida, alegría y frescura de lo que en el momento justo se improvisa; que la palabra sea en ella lo que de la palabra de Dios dice San Pablo: “Porque viva es la palabra de Dios y obradora y más afilada que cualquier espada de dos filos y que llega hasta la separación del alma y del espíritu, de las articulaciones y de las médulas y discernidora de pensamientos y de conceptos del corazón”.

Y añadiendo nosotros para terminar: que al recibirla no sólo de la sección de la palabra, sino de toda la Revista pueda decir cada uno de los lectores, por la parte que a cada uno se le hace más vida del alma: **YA LLEGA EL PAN NUESTRO DE CADA MES. Y mejor todavía, para los que cumpliendo el ideal antes significado, de ser ellos los que hacen la Revista, si pueden añadir: PAN HECHO EN CASA.**